

—Que me permita usted bailar un «cachito» con la «chula» compañera que con tanta gracia «repiquetea» los pies.

—Está «güeno» valedor; le doy la paloma.

—Con la «benia»—dijo el agraciado poniéndose delante de la que bailaba, en tanto que el otro se sentaba, esperando a que le devolviesen la compañera.

—Que toquen el «Mal Creado»—gritaron varias voces. Y el del bandolón, bajo y arpa, dieron sus notas al viento, entusiasmando a la concurrencia.

Entonces, el que acababa de salir a bailar, se quitó su sa-rape y su sombrero; puso aquél sobre los hombros de su compañera y éste en su hermosa cabeza; se quitó el máche-te que llevaba al cinto, entregándoselo a la joven, y siguieron bailando de aquella manera, provista ella de los arreos varoniles.

—Una coplita, don Lolo, de esas de picante salsa, como la que cantó «endenantes».

Los músicos, deseosos siempre de complacer, cantaron este mal forjado verso:

«Onde quera» que yo voy,  
como que soy «mal-creado»,  
a «cualquera endina jembra»  
a «chalecho» la arrebato.  
Lo digo quedito y recio;  
que para eso el «jierro» traigo;  
«quéranme», pues, todititas,  
y no chisten sus «amasios».

—¡Huy..., qué bien!... Ande, don Roso—dijeron a uno de los que bailaban—; obliquela, que no «hiere».

Y don Roso, anhelando dejar bien puesta su fama de bailarín, repicó admirablemente sobre la tabla.

—Saca tú a don Margarito—dijo la que bailaba con don Roso, volviendo el rostro, y dirigiéndose a una joven pizpireta de airoso cuerpo y de hechicero rostro.

—Si yo no sé, señorita—contestó aquél a quien se refería.

—No importa; me «nace» que baile usted, y basta.

Entonces se levantó la joven de su asiento y se acercó a don Margarito, atravesando con gracia sin igual la sala.

Tendría dieciocho años la interesante joven que hacia él se dirigía, llevándose tras sí las miradas de todos.

Conocida era en el barrio por la «linda Federacha», apodada por el cual contestaba, sin que nadie supiese qué origen reconocía aquel nombre.

Era blanca, de ojos negros y expresivos; su largo pelo de azabache, suave y ondulado, formando graciosas ondas en su serena frente, caía en dos trenzas, cuyas puntas recogía en el bordado ceñidor que oprimía su estrecha cintura; su preciosa boca, de encendidos labios, dejaba ver unos dientes blancos, iguales y perfectos, que remedaban brillantes perlas.

Vestía unas vistosas enaguas, hechas de exquisitos pañuelos de seda de la India, anchas, airosas y cortas, que dejaban lucir una torneada pierna y un pie en abreviatura, sin media; pero calzado por un lindo zapato de raso verde, en cuya punta y talón brillaba una flor primorosamente bordada. Debajo de estas vistosas enaguas, llevaba otras de finísima bretaña, que dejaba asomar un delicado encaje ancho de un precioso dibujo. Un exquisito rebozo «calandrio» de seda, puesto con suma gracia, dejaba ver, al desemborsarse, que lo hacía con frecuencia, una camisa bordada de colores.

—¿Sabe usted, valedor, que está «devina» la «Federacha»?—dijo en voz baja uno de los concurrentes a otro que le alargaba un vaso de pulque—. Con razón el «doitor» se suele «apropinguar» a ella «cada y cuando» que nos «vesita» en nuestras «diversiones».

—Lo cual no le «cuadra nadita» a don Margarito, que tiene «afeuto, asigún se devisa», a la linda «Federacha».

—¡Vaya si la «quere»! Y por eso «mesmo» tiene «melcocha» de que se la «chispe» el «doitor», que es como la romana del diablo, que con todas entra.

La «Federacha», airosa y seductora, se acercó a don Margarito, que estaba sentado, y con el cual le había invitado la «Tangos» a que bailase.

El favorecido la miró con ojos apasionados, pero sin levantarse.

—A que me hagan un desaire no estoy acostumbrada, don Margarito—dijo la joven, viendo que el otro permanecía sin levantarse—; vea usted que le aguardo para bailar.

—No es desaire, mi vida, sino que no sé bailar.

—¿«Quere» usted que se lo ruegue? Estoy segura de que si el doctor se hallase aquí, no se hubiera tanto «del chiquear».

—¡El «doitor»!...—contestó secamente don Margarito.

—Y eso que él sabe menos que usted el jarabe.

—Es verdad—contestó con disgusto don Margarito, pero sin atreverse a pronunciar ninguna palabra contra él.

—Pues entonces...

una palidez mortal, les enviaba una mirada dulcísima de profundo interés, y se alejaba conmovido, trayendo a la memoria recuerdos de grato dolor y de agradable pena.

Embebecido en sus ideas, el ruido y el bullicio parecían ofenderle, y, sin embargo, lejos de ausentarse, marchaba de un punto a otro, buscando los sitios en que más numeroso era el concurso.

Sus ojos recorrían a cada instante todo el espacio que la vista abarcaba, como en busca de un objeto que se esperaba hallar.

—¡Si yo la volviese a ver!...—exclamó para sí, enviando una mirada de esperanza por cuanto alcanzaba a ver; pero a esta vislumbre de luz consoladora, sucedían al punto el desaliento y la tristeza—. ¡No, no existe para mí!—se interrumpía luego—. ¡Yo debo de olvidarla..., desterrarla de mi pobre corazón!...

Pero, a pesar de estas palabras, sus ojos volvían otra y otra vez a buscar el objeto que anhelaba olvidar.

Quería huir de aquel sitio donde tanto padecía, y, sin embargo, le encadenaba a él una fuerza invencible que no tenía poder para destruir ni la razón ni el convencimiento.

Parecíase en esto a aquellos navegantes, que, atraídos por la mágica melodía del canto celestial de las sirenas, despreciaban el peligro de una muerte cierta, por el placer de escuchar la argentina voz de aquellas tres ninfas de extrema hermosura.

Entre tanto, el gentío era cada vez mayor y marchaba en aumento el bullicio.

Por todas partes continuaba el ruido de las matracas, de las zambombas y de las cantarranas.

Aquí un nevero le rompe a uno el tímpano, gritando al oído del descuidado paseante: «al nevero, al nevero; agua de limón fresca; ¡quién se refresca!».

Más allá, se escucha el destemplado acento del roscuillero que grita con todos sus pulmones: «¡A dos roscuillas y un mamón!».

El del dulcero, anunciando con chillona voz, «dulces para tomar agua»; el del vendedor de «cacaahuates», que con ronco pecho exclama: «¡al tostado de urno!» (horno), y las distintas voces de la horchatera, del frutero y de los vendedores de «judas», que, al salir todas juntas, forman un concierto tan disonante como animador.

Nuestro joven meditabundo, fatigado del paseo, sordo del bullicio y acosado por el calor, entró a refrescar a una de las rústicas tiendas cubiertas, como todas, de flores y de

enramada; se sentó junto a una mesa, y pidió un vaso de horchata sin fijar la vista en las personas que en la misma pieza estaban.

—Guárdese usted el dinero, y salude usted a las amigas, señor Núñez—le dijo desde una mesa contigua una remilgada anciana que estaba con otra contemporánea suya y con un hombre de mugriento frac, en animada conversación.

El joven levantó la cabeza, y fijando los ojos en la que le hablaba, contestó:

—Usted dispense, doña Anita; no había tenido el gusto de ver a usted.

—No será mucho el que usted reciba, cuando no se ha dignado ir a honrar la nueva y humilde habitación en que vivo y que sabe usted que está a su disposición.

—Mil gracias—contestó Núñez, maldiciendo interiormente aquel encuentro.

—¡Ya se ve!... ¡Quién se toma la molestia de visitar a las personas que viven en el barrio de la Palma!... No era así cuando vivía mi difunto, que en paz descansa; entonces sí teníamos tertulias todas las noches, y se cantaba la Atala, y se bailaba el minué, y...

—¿Usted gusta, doña Anita?—dijo Núñez, ofreciendo el vaso de horchata que le acababan de servir, y contento de poder cortar de aquella manera la conversación.

—Mil gracias; que le aproveche a usted.

—Pues, como le iba a usted diciendo, doña Crucecita—añadió la antigua mercachifle, dirigiéndose a la anciana con quien se hallaba, y reanudando la conversación que había suspendido a la llegada de Núñez—, el maestro se enamoró de la discípula, la declaró su amor, y la joven, que era una de las más hermosas de la ciudad, y que apreciaba altamente el mérito y fina educación de su maestro, correspondió a su pasión.

Núñez, desde las primeras palabras pronunciadas por doña Anita, aplicó disimuladamente el oído, interesado en oír lo que tan en relación se hallaba con el principio de la historia de sus amores.

Se hablaba de un maestro y de una discípula llena de hermosura, que se habían jurado amar constantemente. Núñez, como el lector sabe ya, se había dedicado a dar lecciones de piano, cuando muerta su excelente madre, se encontró solo en el mundo, y pronto halló una joven a quien consagrar su corazón. ¿Era, pues, de él y de la joven que le hizo sentir una vida de ventura, de quienes hablaba doña Anita?

una palidez mortal, les enviaba una mirada dulcísima de profundo interés, y se alejaba conmovido, trayendo a la memoria recuerdos de grato dolor y de agradable pena.

Embebecido en sus ideas, el ruido y el bullicio parecían ofenderle, y, sin embargo, lejos de ausentarse, marchaba de un punto a otro, buscando los sitios en que más numeroso era el concurso.

Sus ojos recorrían a cada instante todo el espacio que la vista abarcaba, como en busca de un objeto que se esperaba hallar.

—¡Si yo la volviese a ver!...—exclamó para sí, enviando una mirada de esperanza por cuanto alcanzaba a ver; pero a esta vislumbre de luz consoladora, sucedían al punto el desaliento y la tristeza—. ¡No, no existe para mí!—se interrumpía luego—. ¡Yo debo de olvidarla..., desterrarla de mi pobre corazón!...

Pero, a pesar de estas palabras, sus ojos volvían otra y otra vez a buscar el objeto que anhelaba olvidar.

Quería huir de aquel sitio donde tanto padecía, y, sin embargo, le encadenaba a él una fuerza invencible que no tenía poder para destruir ni la razón ni el convencimiento.

Parecíase en esto a aquellos navegantes, que, atraídos por la mágica melodía del canto celestial de las sirenas, despreciaban el peligro de una muerte cierta, por el placer de escuchar la argentina voz de aquellas tres ninfas de extrema hermosura.

Entre tanto, el gentío era cada vez mayor y marchaba en aumento el bullicio.

Por todas partes continuaba el ruido de las matracas, de las zambombas y de las cantarranas.

Aquí un nevero le rompe a uno el tímpano, gritando al oído del descuidado paseante: «al nevero, al nevero; agua de limón fresca; ¡quién se refresca!».

Más allá, se escucha el destemplado acento del rosquillero que grita con todos sus pulmones: «¡A dos rosquillas y un mamón!».

El del dulcero, anunciando con chillona voz, «dulces para tomar agua»; el del vendedor de «cacahuates», que con ronco pecho exclama: «¡al tostado de urno!» (horno), y las distintas voces de la horchatera, del frutero y de los vendedores de «judas», que, al salir todas juntas, forman un concierto tan disonante como animador.

Nuestro joven meditabundo, fatigado del paseo, sordo del bullicio y acosado por el calor, entró a refrescar a una de las rústicas tiendas cubiertas, como todas, de flores y de

enramada; se sentó junto a una mesa, y pidió un vaso de horchata sin fijar la vista en las personas que en la misma pieza estaban.

—Guárdese usted el dinero, y salude usted a las amigas, señor Núñez—le dijo desde una mesa contigua una remilgada anciana que estaba con otra contemporánea suya y con un hombre de mugriento frac, en animada conversación.

El joven levantó la cabeza, y fijando los ojos en la que le hablaba, contestó:

—Usted dispense, doña Anita; no había tenido el gusto de ver a usted.

—No será mucho el que usted reciba, cuando no se ha dignado ir a honrar la nueva y humilde habitación en que vivo y que sabe usted que está a su disposición.

—Mil gracias—contestó Núñez, maldiciendo interiormente aquel encuentro.

—¡Ya se ve!... ¡Quién se toma la molestia de visitar a las personas que viven en el barrio de la Palma!... No era así cuando vivía mi difunto, que en paz descansase; entonces sí teníamos tertulias todas las noches, y se cantaba la Atala, y se bailaba el minué, y...

—¿Usted gusta, doña Anita?—dijo Núñez, ofreciendo el vaso de horchata que le acababan de servir, y contento de poder cortar de aquella manera la conversación.

—Mil gracias; que le aproveche a usted.

—Pues, como le iba a usted diciendo, doña Crucecita—añadió la antigua mercachifle, dirigiéndose a la anciana con quien se hallaba, y reanudando la conversación que había suspendido a la llegada de Núñez—, el maestro se enamoró de la discípula, la declaró su amor, y la joven, que era una de las más hermosas de la ciudad, y que apreciaba altamente el mérito y fina educación de su maestro, correspondió a su pasión.

Núñez, desde las primeras palabras pronunciadas por doña Anita, aplicó disimuladamente el oído, interesado en oír lo que tan en relación se hallaba con el principio de la historia de sus amores.

Se hablaba de un maestro y de una discípula llena de hermosura, que se habían jurado amar constantemente. Núñez, como el lector sabe ya, se había dedicado a dar lecciones de piano, cuando muerta su excelente madre, se encontró solo en el mundo, y pronto halló una joven a quien consagrar su corazón. ¿Era, pues, de él y de la joven que le hizo presentir una vida de ventura, de quienes hablaba doña Anita?

Núñez escuchó atentamente.

—¿Y él?—preguntó doña Crucecita—. ¿Dice usted que era de buena figura?

—De muy buena, según me han contado; porque yo no tuve el gusto de conocerle.

—¿Y su rival?

—Nadie lo sabe, porque lo más extraño es que a la joven jamás se le vió hablar con otro.

—¿Tal vez se verían de noche, cuando todo el mundo descansaba?

—Dios solamente puede saberlo. Lo único que yo sé es que la joven desapareció en la noche, víspera de su casamiento.

Núñez sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho.

—¿Es posible?—dijo admirada doña Cruz.

—Que un coche la llevó hasta cierto punto, convenido sin duda de antemano; que allí se presentó el susodicho sujeto que todo lo había dispuesto de acuerdo con ella; que la llevó a una casa en donde no salía para nada; y que mientras sus padres y su amante ignoraban su paradero, el amante y la niña se juraban un amor eterno.

Núñez palideció al oír estas palabras.

—¿Hablarán de ella?—pensó—. ¡Ah!... Si es cierto..., ¡no era digna de mi amor!... Pero, ¡imposible!... ¡Sin duda es de otra mujer de la que se ocupan!..

—Y ¿qué fué de su novio?—preguntó doña Cruz.

—Dicen que se suicidó.

—¿De veras?

—Al menos al día siguiente se encontró un cadáver ahogado en el canal de la Vega.

—¡Pobre joven!..

Núñez respiró.

—Dispense usted, señora—advirtió el esposo de doña Cruz—; pero si no me informaron mal, ese que encontraron ahogado en la época a que usted se refiere, no se mató por amor.

—Pues, ¿por qué?

—Porque le echaron uno tras otro cinco albuces a la puerta.

Las dudas volvieron a combatir el corazón del joven que escuchaba.

—Ello es que no se ha vuelto a saber más del amante

—repuso doña Anita.

—Y ¿no sabe usted cómo se llamaba?—preguntó doña Cruz.

—No, mi alma; aunque sé que era un joven de muy buena familia.

—Y ¿no tiene usted por su nueva casa, alguna cosa que sea digna de saberse?

—Nada, mi alma; sino que noches pasadas se presentó una pobre mujer pidiéndome un rincón para dormir, y me quedé asombrada cuando al otro día fui viendo que bajo su mal vestido tenía una cara como un sol y un cutis como una rosa, aunque algo pálido.

—¿Era persona decente?

—¡Vaya si lo debe ser!... Figúrese usted, doña Crucecita, que habla muy bien, escribe mejor, y sabe hasta el francés. Núñez volvió a prestar atención.

—¿Es joven?

—Joven todavía, mi alma.

—Y ¿no le ha contado a usted su historia?

—Nada, mi alma; no le he podido sacar nada; sólo sé que perteneció a una familia bien acomodada, que después quedó huérfana, tuvo amores con un joven, y...

—¿Y qué?

—Nada más; porque de aquí no la he podido sacar por más que he hecho para conseguirlo; pero yo creo que ella..., pues..., quién sabe si un «lapsus linguae»...

—Y ¿está todavía en su casa de usted?

—Es muy servicial, y como no quiere salir para nada, y yo tenía ganas de salir a visitar las iglesias, se ha quedado cuidando la portería.

—¿Si será ella?—pensó para sí Núñez—. Pero no..., ¡imposible!... Sin embargo...

Y se levantó de su asiento y se dispuso a salir.

—¿Se va usted ya, señor Núñez?

—Sí, doña Anita.

—Y ¿cuándo va usted a visitarme?

—Tal vez dentro de un instante.

—¿De veras?

—Probablemente.

—¿Ya sabe usted la casa?

—Tengo el apunte que usted se dignó darme al mudarse.

—Muy bien; pues le espero a usted.

—Iré sin falta. Adiós, doña Anita.

—Adiós, señor Núñez.

Y el joven se volvió a encontrar en medio de la gente y del bullicio, fluctuando en un mar de sospechas y de conjeturas.

—¡Qué simpático es este joven, y qué tímido con las mu-

—eres!—dijo doña Anita, viendo salir a Núñez—. No se parece al doctor Willey. ¡Jesús, que hombre! Tiene corazón de fósforo; con sólo que se acerque a un vestido de mujer bonita, se enciende.

—Pues, cuidado, doña Anita—advirtió sonriendo el esposo de la anciana doña Cruz—, porque si llega a descubrir la gracia de usted...

—¡Dios me libre de encontrarme sola con él! No porque pueda cometer un «lapsus linguae», pues les consta a ustedes que soy toda una señora, sino porque siempre es bueno evitar murmuraciones, pues ya saben ustedes cómo son las lenguas de ciertas gentes.

—Temibles, mi alma—dijo doña Cruz—. Hay personas que sólo se ocupan de murmurar.

—Por eso yo, que soy una señora, me cuido bien de no hacer lo que hacía nuestra antigua vecina Elisa, la esposa de don Diego, a quien tanto visitaba el doctor Willey, a quien todavía visita.

—¿Es posible?

—¡Vaya, mi alma! Nada menos que el Viernes de Dolores fué a verla, a poco de haber salido su esposo.

—¿De veras?

—Como ya sabe usted, mi alma, que se mudó de la casa de Tacuba a otra próxima a la en que yo estoy de casera, por ser mucho más baja la renta, fuí a verla para entregarle un pañuelo que en la calle se le había caído a una de sus niñas al pasar por la puerta de mi casa.

—Siga usted.

—Y, estando en esto, llegó el doctor, que, como no esperaba encontrar a nadie allí puso cara de condenado.

—¿Y ella?

—Ella se puso pálida, sin duda porque temió que yo sospechase algo.

—¡Vaya un chasco!

—Otra, en mi lugar, se hubiera marchado; pero yo que soy una señora, y que miro como un caso de conciencia vigilar por la honra del prójimo, me propuse estar allí; porque ya sabe usted, mi alma, cuán fácil es, como decía mi difunto, que haya un «lapsus linguae».

—Hizo usted perfectamente.

—Cierto es que después empecé a arrepentirme.

—¿Por qué?

—Porque ya las miradas del doctor no se dirigían a Elisa, sino a mí; ¡pero de una manera!...

—De enojo, sin duda; como que estaría rabiando contra usted.

—No, mi alma, al contrario; me miraba con una pasión...

—¡Ay, qué hombre!

—Por supuesto que yo me mantuve seria como debe estar una señora.

—No le gustaría mucho a Elisa esas miradas.

—Así lo creo; y yo, por lo mismo, me levanté para despedirme, pero, ¿querrá usted creer, mi alma, que me detuviera, suplicándome que me quedase?

—¿Es posible?

—Sí, mi alma.

—Pues, entonces, no la querrá el doctor.

—¡Vaya! Sino que lo haría para que no creyese que la visitaba con fines siniestros.

—Es verdad.

—Pero sea con el intento que fuere, yo, mi alma, me quedé, y el doctor, viendo que no conseguía quedarse solo con Elisa, se marchó echándome unos ojos...

—¿Airados?

—¡Qué airados!... Más apasionados que Cupido. De manera que si fué con intención de que Elisa cometiese un «lapsus linguae», se llevó chasco, y, además, se retiró con mi desaire de señora.

Mientras las dos contemporáneas de Matusalén se entretenían en esta conversación, Núñez se perdía entre el gentío que llenaba la plaza, preocupado por las palabras de doña Anita, con la historia que había contado y con la pobre que había hospedado en su casa.

¿Quién de aquellas dos mujeres de que acababa de oír hablar era la que había hecho latir en un tiempo su corazón?

¿Era la primera, que le había burlado infamemente huyendo con un oculto amante, o la desgraciada que callaba su amarga historia?

Núñez no sabía a qué atenerse; pero se resolvió de todas maneras a hacer la visita para desengañarse de si era su amada la que había pedido hospitalidad, y de no ser así, informarse de doña Anita del nombre del joven raptor, de quien se había ocupado.

Abismado en estos pensamientos caminaba hacia la hermosa Catedral para rezar las oraciones propias de ese agosto día, cuando al pasar por junto a un corro de alegres jóvenes, oyó que uno de ellos decía:

—Aquí viene la rival de Venus; la belleza más perfecta de que puede envanecerse la naturaleza.

—En efecto—contestó otro—; es la mujer que reúne en sí sola todos los hechizos que hacen irresistible el sexo hermoso. ¡Dichosos los dos que le acompañan!

En aquel instante pasaba junto a ellos la joven a quien se referían.

Núñez, deseando conocer a la hermosa de quien tantos elogios hacían, fijó los ojos en ella al mismo tiempo que los de la joven se clavaban en él, y ambos se estremecieron a la vez.

Pasado aquel instante, mucho más rápido que lo que nos tardamos en decir, Núñez, dudando aún de lo que veía, se quitó el sombrero saludándola respetuosamente.

La joven respondió al saludo, enviándole a la vez una sonrisa.

—¡No hay duda..., es ella!...—dijo interiormente Núñez—; pero esos dos que la acompañan... No, tal vez es una persona que se le parece mucho..., ¡y como hace tanto tiempo que no la veo!... Sin embargo...

Y, temiendo equivocarse, fué a dar un corto rodeo para volverse a encontrar de frente con ella, que le envió otra hechicera sonrisa.

Núñez sabía muy bien que cuando una señorita contesta varias veces, y en un breve rato, sonriendo cada vez que se encuentran con la misma persona que le saluda, indicaba, si aun no le trataba, este concepto: «si sois lo que me parecéis, me gusta vuestra persona»; y si le conocía: «correspondo a vuestro cariño».

Convencido, pues, de que de todas maneras no era indiferente para la hechicera, que, si no era la que hizo en otro tiempo latir su corazón, era al menos el vivo retrato de ella, y resuelto a descubrir la verdad, la siguió a regular distancia, sin que los que le acompañaban notasen la más leve cosa que despertase sus sospechas.

Por fin, después de haber visitado varios templos seguida siempre de Núñez, se dirigió a su casa, y al entrar en la puerta, volvió con disimulo la cabeza para verle, se sonrió llevando el abanico a la boca, y le saludó con él, dándole a entender este pensamiento: «Esta es mi casa; si me queréis y sois lo que me parecéis, buscad quien os presente».

El favorecido llevó la mano al pecho haciendo una cortés reverencia, dándole a entender: «soy caballero, y pronto me pondré a vuestros pies».

Núñez, a pesar de la satisfacción que debía sentir, no parecía satisfecho aún, y esperó otro momento mirando hacia el balcón. Este se abrió, dejándose ver en él la joven por

la última vez, quitándose el velo de la mantilla, manifestándole de aquella manera: «esta es mi habitación; os amo».

Núñez se despidió quitándose el sombrero, contestándole con aquel saludo: «de hoy en adelante seréis mi idolo, y esa casa el templo de mi adoración».

—¿Será ella?...—volvió a exclamar al verse solo—; ¿o será otra joven que volverá a engañarme como me engañó la ingrata a quien nunca he podido olvidar?...

Y se quedó abismado, perdido en conjeturas que trastornaban su razón.

—¡Oh!... Es preciso acabar de una vez con tantas dudas... Marchemos a ver a doña Anita, y ella tal vez aclarará el misterio que hasta ahora estaba oculto.

Y cuando ya iba a emprender su marcha, dominado por aquella idea, sintió que una mano le tocaba el hombro, y escuchó que le decían:

—Muy pensativo está usted, querido Núñez.

—¡Oh! ¡El cielo le envía a usted, amigo Leopoldo!

—¿Sí?

—Seguramente.

—Pues, ¿qué le pasa a usted?

—Una cosa que me parece un sueño.

—Pero, ¿qué es ello?

—¿Sabe usted quién vive en esa casa?—dijo, señalando aquella en que había entrado la joven.

—¿En el número seis?

—Sí, señor.

—Muchísimo.

—¿Quién es?

—Don Felipe Flan, rico y honrado comerciante.

—¿Casado?

—No; ni nunca lo ha sido.

—¿Vive con él alguna hermana o parienta?

—Tampoco.

—Entonces, ¿quién es una joven a la cual ha venido acompañando, y he visto en el balcón?

—Sin duda será la prima de don Félix Huerta, dependiente

suyo.

—¿Sabe usted cómo se llama?

—Soledad Noriega.

Núñez se quedó abatido con aquella respuesta; la viveza y el ardiente fuego que por un instante habían comunicado a sus bellos y azules ojos el afán y la esperanza de haber encontrado a la hermosa joven que le arrebataron cuando creyó llegar al colmo de la felicidad, se nublaron de re-

rente, como se apaga el brillo de la fulgente estrella ante las tristes nubes que se presentan antes de la tempestad.

—¡Ah!... ¡No es ella!... ¡No es ella!...—exclamó con el acento de dolor más intenso, dejando ver en su semblante la profunda melancolía en que se abismaba su alma.

Leopoldo, que tomaba un interés sin límites por todo lo que tenía relación con la existencia de su leal amigo, se conmovió al ver que padecía, y que el origen de su padecimiento reconocía una causa, como la que a él le hacía sufrir sin descanso: ¡el amor!

—No hay que entregarse a la tristeza, ni que perder la esperanza—dijo Leopoldo, tratando de consolar a su amigo, cuando él, más que otro alguno, tenía necesidad de consuelo.

Núñez, que, como nadie, conocía los sufrimientos de Leopoldo, le estrechó la mano con profunda gratitud y compasión a la vez, y fijando en él su melancólica mirada, le dijo:

—¡Me dice usted que no me entregue a la tristeza, cuando la miro impresa en su semblante!... ¡Me dice usted que no pierda la esperanza, cuando usted, amigo mío, la ha perdido hace algún tiempo!

—¡Sí; ¡yo la he perdido ya!—exclamó Leopoldo con acento de profundo dolor—. Pero la he perdido porque la impía y falsa declaración hecha por Duval, a las puertas del sepulcro, la fatal noche del jardín, me ha presentado como criminal a los ojos del señor Landeta, que ha llegado a creer que había dispuesto el rapto de Clotilde... ¡Ah! Si antes me negó la mano de su protegida por la injusta acusación hecha a mi querido padre, ¿qué debo esperar hoy que se agrega a aquélla la acusación de raptor que han hecho pesar sobre mí?...

Y Leopoldo, que había tratado poco antes de infundir valor a su amigo, quedó triste y abatido.

—Pero usted cuenta siquiera con la firmeza de Clotilde, con la invariabilidad de su amor y con que no será de nadie en el mundo, aun cuando todo el poder de los hombres se empeñe en hacerla cambiar de resolución.

—¡Sí, es verdad!... Clotilde me será fiel hasta la muerte; pero también es cierto que no llegará a ser mi esposa...

—¿Y por qué no?

—Duval buscará los medios de impedirlo, aun cuando Clotilde se resista a ser suya.

—¡Duval! ¡Ah!... Yo tengo la culpa de todo, porque no le di el balazo en el corazón.

—No, es mejor que haya vivido; porque así podrá algún

día manifestar que me calumnió, y si hubiese muerto después de su acusación, Landeta me hubiera tenido siempre por un infame.

—Es verdad.

—Así algunas veces me alienta la esperanza de una vindicación que con su muerte me hubiera sido imposible; y si el cuaderno que contiene las pruebas de la inocencia de mi padre no nos hubiera sido robado, aun esperaré en la felicidad.

—¡Oh!... ¡Sí, ese cuaderno nos sería hoy de suma importancia! ¡Bien le dije a usted que lo guardase, la tarde que desapareció, sin que sepamos hasta ahora quién se apoderó de él!

—Esto me prueba que existe una persona que espía mis pasos; que está pendiente de mis acciones, y que acecha el instante de poderme perjudicar. Ya usted ve, pues, amigo mío, si tengo motivos sobrados para no abrigar ninguna esperanza de consuelo.

—¡Y, sin embargo, su situación de usted es más risueña que la mía!

—No lo comprendo yo así, cuando veo a usted interesado en conocer a esa joven a quien sin duda ha venido usted siguiendo, y por quien me acaba de preguntar.

—Y ¿cómo quiere usted que no la siguiese y preguntase quién era, cuando creí ver en ella a la mujer que amé con toda el alma?

—¿Será posible?

—Sí, Leopoldo; ¡pero no es ella!... ¡Y, sin embargo, se parece tanto!...

Y Núñez exhaló un hondo suspiro, arrancado por los recuerdos del pasado, y se asomaron a sus ojos algunas lágrimas.

Leopoldo le tomó del brazo, y para sacarle de sus tristes pensamientos, le dijo, conduciéndole hacia las Cadenas, donde el gentío era más intenso:

—Y por qué, ya que hemos encontrado el parecido, ¿no confiar en que hallaremos a la persona deseada?

—¡Dios lo quiera!...—contestó Núñez, dejándose conducir por su amigo, y dirigiendo una mirada hacia el balcón—. ¿Pero visita usted a esa joven?

—No; pero lo hubiera podido hacer cuando fué mi vecina.

—¿Vivió cerca de usted?

—En una de las habitaciones de la misma casa.

—¿Es posible?

—A no dudarlo.

—Y ¿vivía con el señor Flan?

—No; entonces vivía con una criada, y solamente le visitaba todos los días su primo don Félix.

—Y ¿está casado con ella?

—Veo—dijo Leopoldo—que su corazón puede llenar el vacío que le falta; ¿ha interesado el alma de usted esa joven, por ventura?

—No; los hombres como yo, sólo aman a una mujer, y la aman para siempre. Si la he seguido, si me ha interesado, ha sido, como antes dije, porque la equivoqué con la joven que no he podido olvidar un solo instante, con la hechicera Adela; pero una vez deshecho el error, no siento hacia ella otro afecto que el que nos inspira el retrato del sér que nos cautiva.

—Lo creo así, querido amigo. Sin embargo, si anhela usted saber algunos pormenores con respecto a esa joven, doña Anita, nuestra antigua vecina, podrá acaso suministrárselos, porque era la crónica con faldas de toda la vecindad, aunque no la más caritativa y escrupulosa.

—¡Ah!... Sí; tengo que visitarla; no con el objeto de informarme de la que en mi alucinación pude equivocar con la mujer que hizo latir mi corazón de amor, sino porque tal vez encuentre allí, víctima de la miseria más espantosa, al objeto que está constantemente fijo en mi pensamiento.

—¿En casa de doña Anita?

—Sí—contestó Núñez. Y entonces le contó la conversación que había oído en la horchatería con respecto a una joven hermosa, de talento y de instrucción, que, agobiada por la necesidad, había pedido, en una noche tempestuosa, asilo en la casa de doña Anita.

Leopoldo, conociendo que la esperanza es el bien de los desgraciados, trató de dar fuerza a la idea concebida por su excelente amigo, y exclamó, participando aún él de la misma esperanza:

—¡Tal vez sea ella! Son tantas las evoluciones de la fortuna, que todo es de esperarse sobre la tierra.

—¿Luego ha renacido en usted también la esperanza que yacía muerta?—exclamó Núñez, contento de creer que su amigo concebía un risueño porvenir.

—¡Ah!... No.

—¿No acaba usted de decir que todo debe esperarse sobre la tierra?...

—Sí, todo; ¡excepto mi ventura! ¡Excepto mi unión con Clotilde!...—exclamó Leopoldo, abatido.

Núñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento a la pena, se dirigieron hacia él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

## CAPITULO XIV

### Fiestas de los indios

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción a los templos para visitarlos, otra gran parte de la población se dirigía a las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Jueves y Viernes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirigían al pueblo de Tacubaya, otros a Ixtacalco, y no pocos a Culucacán.

El canal que conduce a estos dos últimos puntos estaba cubierto de canoas, dirigidas por robustos remeros, vestidos de calzón blanco, arremangado hasta el muslo, en mangas de camisa, descalzos y con sombreros de petate, de anchas alas, que los defendían de los abrasadores rayos del sol.

El embarcadero de la Viga se veía lleno de gente del pueblo que, afanosa y alegre, se embarcaba para concurrir a las fiestas de los indios.

Aquí, dos o tres familias de honrados y sencillos artesanos penetraban en una canoa cubierta con un toldo de petate, y se colocaban dentro de ella, provistos de un almuerzo de «enchiladas», «guajolote», «frijoles» y pulque; allí, un grupo de léperos salta a una canoa llena ya de gente, donde al son de la «jaranita», del bajo y del arpa, marchan bailando algunas parejas un jarabe animador; en otra parte, un cargador deja caer en una de esas ligeras embarcaciones, un pellejo lleno de pulque, que lo reciben una docena de devotos del jugo del maguey; y por dondequiera, chiquillos que saltan de alegría, mamás que los cuidan que no caigan al agua; músicos que cantan; remeros que